

COUTINHO, Carlos Nelson. *El estructuralismo y la miseria de la razón*, México 1973, Editorial Era, 181 pp.

La posición de los pensadores marxistas más serios se ha caracterizado por un profundo deseo de actualizar la verdadera doctrina de Marx, rescatando y aduciendo conceptos que las burocracias socialistas han "olvidado", y que sus contrapartes capitalistas se resisten a discutir en un plano serio, objetivo. Gracias a ese esfuerzo las posiciones ambiguas, no muy claramente definidas de aquellos que no han interpretado con la suficiente amplitud los textos de Marx, van quedando al descubierto. Ahora ya es difícil que dentro de esa eficaz dilucidación de las teorías de Marx, alguien pueda navegar con dos banderas y se llame a sí mismo marxista sin serlo, consideración que abarca no sólo a pesadores, sino también a países.

Acaso Georg Lukacs sea quien con más lucidez se ha adentrado en la complejidad racional de los conceptos del filósofo y economista alemán. Al menos así lo considera el investigador brasileño Carlos Nelson Coutinho en su libro *El estructuralismo y la miseria de la razón*, en el cual parte de los "conceptos de madurez" de Lukacs, para hacer una amplia crítica de lo que él llama "la miseria de la razón". Esto es, ese movimiento que abarca el positivismo agnóstico, el irracionalismo existencialista y el neopositivismo, hasta encontrar su expresión más reciente en esa corriente del pensamiento llamada estructuralismo, misma que tiene en Lévi-Strauss, Michel Foucault, Lucien Sebag y Louis Althusser sus más acabados representantes.

Para llegar a esta conclusión, Nelson Coutinho lleva a cabo un estudio de la génesis de esta "miseria de la razón", desde el momento en que la burguesía progresista rompe con la razón como instrumento del conocimiento y la praxis de los hombres, provocando la disolución de la filosofía de Hegel, en cuanto sistema aprehensivo racional-dialéctico de la realidad. Si originalmente la burguesía, a través de esa tradición progresista llevó adelante la estructura económica y social que privaba en los sistemas feudales, no tardó en convertirse en defensora esquemática de lo existente, quebrando esa tradición y suscitando el advenimiento de la fetichización de lo circundante, una capitulación frente a lo inmediato, tomándolo como la expresión más firme y definitiva de la realidad objetiva. De esta manera las subsecuentes oscilaciones del

capitalismo (momentos de crisis y momentos de auge) dieron origen a ideologías como el neopositivismo, el existencialismo y el estructuralismo, que para Nelson Coutinho no son sino la expresión intelectual, fetichizante de esas oscilaciones.

El autor aclara así las condiciones históricas del estructuralismo, recordando cómo Marx "demostró la necesidad alternativa entre periodos de crisis y periodos de expansión" al analizar el ciclo de la acumulación capitalista. Estableciendo una diferencia entre "el sentimiento del mundo" y la auténtica "concepción del mundo", N. C. logra definir, por una parte, el vínculo consecuente entre las crisis (decadencia), la angustia y el irracionalismo, que se expresa en las diversas modalidades del romanticismo. Por otra parte los periodos de expansión (confianza) encuentran su escuela ideológica en el neopositivismo y el estructuralismo, que definen los límites impuestos por la economía capitalista a la plena realización de la personalidad humana. Por lo tanto, nos dice N. C., "Mientras que en la primera época de la decadencia predominó el irracionalismo, a partir de 1848 —con la estabilización del capitalismo que se expresa en el enorme progreso material y técnico de la sociedad burguesa y en el reflejo de la marea revolucionaria— las formas vitales ligadas a la 'seguridad' comienzan a dominar la intelectualidad burguesa y le imponen sus transformaciones ideológicas. En términos filosóficos, la sensación de seguridad se expresa en la sustitución de la 'metafísica negativa' (de la filosofía clásica alemana) por el 'espíritu positivo', radicalmente agnóstico, de Comte".

Establecida la estrecha relación entre el positivismo, el neopositivismo y el estructuralismo N. C., en el capítulo III ("Los límites de la razón estructuralista"), alcanza sus mejores exposiciones dialécticas al profundizar en la cuestión de las categorías ontológica y teleológica del ser de los procesos objetivos de la realidad, los cuales tienen en el estructuralismo un claro matiz inconsciente, consagrando así la manipulación capitalista. N. C., tras aseverar que la manipulación, en sí misma, no constituye un mal, nos aclara que "se convierte, indiscutiblemente, en un límite real, en un obstáculo para la verdadera realización humana (que se confunde con la creciente 'apropiación' de la objetividad), cuando tiende a convertirse en el tipo predominante de la praxis humana. En tales casos ocurre un bloqueo del contacto creador del hombre con lo real; la manipulación impide no sólo una aprehensión rica y claramente determinada de la objetividad,

sino también una correcta conciencia del significado humano y social de la praxis". Y el estructuralismo, al negar la participación creadora del hombre en la objetividad real y dialéctica, repite la fetichización y manipulación capitalista del objeto en la inmediatez, en el simple fenómeno.

Para N. C. no existen, conceptualmente hablando, diferencias tangibles entre los estructuralistas que cita y analiza en su libro. Sólo Althusser, por su declarado marxismo, le merece un capítulo aparte. Pero en general N. C. engloba, con ligeras variantes cimentadas en la terminología que cada uno de ellos usa, a todos los estructuralistas como propagadores y continuadores de la corriente de la "misericordia de la razón", que tradicionalmente se ha significado por su renuencia a aceptar la dialéctica el materialismo y aun la historia como objetivación real, concreta de la actividad teleológica del hombre. Y en el fondo de estas carencias, el autor de *El estructuralismo...* ve la identificación que los defensores de la corriente estructuralista hacen entre razón e intelecto, sustituyendo la razón objetiva con las reglas formales subjetivas del intelecto manipulador, lo cual les lleva a concluir que la realidad exterior a la conciencia es un caos: "cuya organización y sentido provienen de ciertas reglas mentales", eliminando así la categoría del reflejo inteligible y racional de una realidad independiente a la conciencia humana, tesis fundamental del materialismo marxista. Por ello cuando los estructuralistas rechazan las "ilusiones de la subjetividad", se refieren al rechazo del humanismo, la historicidad y la dialéctica, tachándolas de residuos subjetivos de su concepción formalista de la totalidad racional, obtenida a costa de constantes reducciones del objeto real, que queda sometido al concepto de realidad empírica sujeta a "un nivel mental más profundo, inconsciente o arqueológico, con lo que la historia de la humanidad se restringe a las leyes formalistas del intelecto."

En la crítica a la posición de Althusser se destaca lo que N. C. llama una rígida aplicación formalista de la distinción entre ciencia e ideología, quitando toda posibilidad de intervención al procedimiento dialéctico-racional: Althusser sustituye las mediaciones dialécticas que llevan a la aprehensión cabal del mundo circundante, con las categorías de discontinuidad absoluta y su consecuencia, la homogeneidad absoluta, amén de darle a su interpretación de las teorías de Marx prioridad a la epistemología sobre la ontología.

Sería bastante largo desentrañar todos los puntos en que N. C. refuta las posiciones de los estructuralistas; creo que los ejemplos citados dan una idea bastante aproximada del tono general del libro. Baste añadir que los análisis del autor se apegan siempre a los escritos de Lukacs, concierentes a la interpretación por parte de éste de los textos de Marx. No obstante, y por ello mismo, sorprende descubrir un cierto dogmatismo en algunas de las exposiciones de N. C. cuando, en su premura por concretar la posición de Althusser como de falso marxista, nos habla de "El vaciamiento de Marx en la 'lectura' althusseriana". Al abordar este tema N. C. sostiene que Althusser conserva la terminología marxista pero "sustituye el contenido marxista por posiciones claramente neopositivistas o estructuralistas". Y uno tiene que preguntarse si es posible, una vez puesto en claro que el lenguaje marxista

es un reflejo racional y dialéctico de la realidad, sustituir sus conceptos y razonamientos por otros reaccionarios o, como dice N. C., neopositivistas y estructuralistas con el agnosticismo que presuponen, conservando únicamente el lenguaje revolucionario.

Por otra parte al recorrer la génesis de la "misericordia de la razón", llama la atención el que N. C. defina abiertamente a Nietzsche, Ortega y Gasset y otros como pensadores fascistas, tesis discutible y que ningún pensador serio se atrevería a sustentar tan categóricamente como lo hace N. C., toda vez que él mismo ha insistido bastante en los peligros de las falsas interpretaciones de la doctrina de Marx, peligro que nosotros haríamos extensivo a la obra de los pensadores que han dejado una huella en el ámbito general de la cultura. Igualmente se presta a ciertos celos el hecho de que al hablar de Camus sólo se refiera a él como novelista y no como ensayista, o el que asegure sin más que Cortázar, Godard y otros escritores afines conviertan a la realidad, en sus obras, en una "materia amorfa, caótica e insensata".

Por lo demás el libro de Nelson Coutinho es recomendable para todos aquellos que, como lo advierte el texto de la contraportada, "deseen entrar en la polémica viva de la reflexión teórica de nuestros días", en razón de que su trabajo se halla matizado por la solidez conceptual que le presta un lúcido acercamiento a las teorías de Marx y Lukacs.

Mario Enrique Figueroa

FROMM, Erich y Michael Maccoby. *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano (Social Character in a Mexican Village)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, 391 pp.

Erich Fromm se ha significado, en el campo de la teoría psicoanalista, como un innovador, como un estudioso realmente preocupado por ampliar los esquemas freudianos (enriquecer y corregir sus conclusiones) a la luz de otras disciplinas, tales como la economía y la sociología. Fromm ha venido revitalizando las ideas de Freud, a la vez que haciendo factible un mayor acercamiento a la integridad constitutiva del hombre, teniendo como finalidad la conquista de su dignidad, la solución de los problemas individuales y de grupo en las sociedades actuales.

Los logros en este sentido son pocos todavía en un nivel popular, pero no se puede negar que ya hay indicios y bases teóricas, que permiten alentar un cierto optimismo al respecto. Esto es cierto, sobre todo si estamos dispuestos a ver en las revueltas sociales, en la agitación estudiantil, una progresiva concientización que busca concretarse en el cambio de las estructuras sociales y económicas que perseveran en la injusticia, en el sojuzgamiento cultural y emocional de las masas.

No obstante, aún existe un vasto sector de la población que permanece muy al margen, por entero ajena a cualquier posibilidad de cambio, inmediato o no. Nos referimos a las comunidades campesinas, las cuales hasta ahora no se han visto